

McAdam, D., McCarthy, J. y Mayer, Z.
Movimientos Sociales. Perspectivas comparadas,
Madrid, 1999.

Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales

DOUG MCADAM, JOHN D. MCCARTHY y MAYER N. ZALD

En una obra de amplia difusión, publicada en los años sesenta, el sociólogo Daniel Bell proclamaba el «fin de las ideologías». A principios de los sesenta, muchos científicos sociales creían que la sociedad había alcanzado un estadio de desarrollo que permitiría sustituir el conflicto ideológico por un consenso pragmático y más pluralista. Bell y sus colegas no podían estar más equivocados. El mismo año que se publicaba el libro de Bell, estudiantes de color realizaban sentadas en toda la zona sur de los Estados Unidos. A su vez, estas sentadas revitalizarían un moribundo movimiento *pro derechos civiles*, así como la tradición del activismo izquierdista, latente en Norteamérica desde los años treinta. En la década siguiente, el país se vio desgarrado por disturbios urbanos, manifestaciones antibélicas masivas, huelgas de estudiantes y asesinatos políticos. A nivel mundial proliferaron los movimientos estudiantiles: en Francia, México, Italia, España, Japón, Pakistán y muchos otros países. En Checoslovaquia, el ejército Soviético reprimió brutalmente un intento por reformar y *humanizar el rostro del Comunismo*.

Resumiendo, en los años sesenta se asistió, precisamente, a una proliferación del tipo de movimientos sociales y revoluciones que, según Bell, eran cosa del pasado. A lo largo de los últimos veinticinco años se ha ido poniendo de manifiesto la pobreza de su argumento. En todo caso; en las últimas décadas, los movimientos sociales y las revolucio-

nes se han convertido en un rasgo distintivo —si bien no siempre apreciado— del panorama político. En los años setenta, los fundamentalistas islámicos arrebataron el poder al shah de Irán. Los sandinistas depusieron a Somoza en Nicaragua. Grupos terroristas en Italia y en Alemania incrementaron sus ataques a instalaciones militares, políticas y símbolos de la *hegemonía corporativa*.

Durante los años ochenta se asistió a procesos similares. En las Islas Filipinas, el asesinato, en 1984, del rival político más antiguo de Ferdinand Marcos, Benigno Aquino, generó una revuelta popular que apartó a Marcos del poder. En los Estados Unidos, el temor creciente ante la amenaza nuclear desencadenó una campaña, a nivel nacional, a favor de la no proliferación nuclear. En África del Sur, un movimiento antiparthoid renovado forzó la excarcelación de su líder tradicional, Nelson Mandela. El fin de la década resultó tan inverosímil como asombroso, cuando, uno tras otro, los regímenes del Pacto de Varsovia se hundieron bajo la presión ejercida por las revueltas populares.

Desde el punto de vista académico, tanto en Europa como en Estados Unidos, el estudio de los movimientos sociales y las revoluciones, catalizados por las turbulencias de los años sesenta y avivados por el surgimiento de una miríada de movimientos a lo largo del último cuarto de siglo, se ha convertido en una *industria en expansión* en el ámbito de las ciencias sociales. En los últimos veinte años, utilizando perspectivas diferentes, sociólogos, politólogos e historiadores han creado una rica tradición académica, tanto teórica como empírica, en lo referente al estudio de los movimientos sociales y las revoluciones. Parece haber llegado la hora de hacer inventario de un tipo de estudios que prolifera como los hongos. Creemos que, revisando esta profusión de trabajos, se pueden discernir las líneas maestras de una perspectiva sintética y comparada respecto de los movimientos sociales, que trascendería cualquiera de las perspectivas teóricas específicas sobre este tema. En el presente libro se opta por esta perspectiva, si bien se intenta, asimismo, ampliarla y aplicarla de forma comparada.

La síntesis emergente

Cada vez más frecuentemente, los expertos en movimientos sociales de diversos países, oficialmente representantes de tradiciones teóricas distintas, destacan, a la hora de analizar el surgimiento y desarrollo de los movimientos sociales y revoluciones, tres grupos de factores, a saber: 1) La estructura de oportunidades políticas y las constricciones que tienen que afrontar los movimientos sociales. 2) Las formas de organización (tanto formales como informales) a disposición de los

contestatarios. 3) Los procesos colectivos de interpretación, atribución y construcción social que median entre la oportunidad y la acción.

Quizá resulte más sencillo referirse a éstos tres factores utilizando las abreviaturas convencionales: oportunidades políticas, estructuras de movilización y procesos enmarcadores.

En lo que respecta a la importancia de estos tres factores, parece estarse generando un consenso entre los expertos en movimientos sociales. Y ello, a pesar de que se fueron configurando a partir de perspectivas muy diferentes y, en ocasiones, incluso antagónicas. Empezaremos hablando de cada factor por separado, prestando especial atención a las escuelas y autores más destacados.

Oportunidades políticas

En la actualidad, los especialistas suelen señalar la importancia que reviste el sistema político —considerado de forma general— a la hora de hablar de oportunidades para la acción colectiva. Se constata su influencia sobre la extensión y forma adoptada por cada uno de los movimientos. Sin embargo, de hecho, las bases teóricas de esta perspectiva son bastante recientes. En los Estados Unidos, la relación entre política institucionalizada y movimientos sociales/revolución, fue establecida por teóricos dedicados al estudio de *procesos políticos* como Charles Tilly (1978), Doug McAdam (1982) y Sidney Tarrow (1983). Partiendo de estos estudios, cierto número de especialistas europeos (o profesionales formados en Europa), pertenecientes a la escuela de los *nuevos movimientos sociales*, aportaron una dimensión comparada al estudio de las *estructuras de oportunidad política*. De entre los europeos que han explorado las relaciones existentes entre política institucionalizada y la desarrollada por movimientos sociales, cabe mencionar a Hans Peter Kriesi (1989), Herbert Kitschelt (1986), Ruud Koopmans (1992) y Jan Duyvendak (1992).

En los trabajos presentados por todos estos expertos se aprecia un interés común hacia el estudio de la interacción entre movimientos sociales y política institucionalizada. A este interés compartido se ha llegado partiendo de los intentos por responder a dos cuestiones totalmente diferentes. A través de los primeros estudios realizados por los norteamericanos, se pretendía explicar el surgimiento de movimientos sociales concretos en base a los *cambios en la estructura institucional o en las relaciones informales de poder de un sistema político nacional dado*. Más recientemente, los europeos han emprendido estudios comparados sobre las *diferencias en la estructura, la amplitud y el éxito alcanzado por movimientos de corte similar*. En este caso, la atención se centraba, sobre todo, en las diferencias en la estructura institucionalizada.

estados nacionales en los que se inscriben. El primer tipo de investigación ha tendido a generar estudios de caso centrados en el detalle histórico respecto de movimientos concretos o ciclos de protesta (p. ej. McAdam, 1982; Costain, 1992; Tarrow, 1989a). El segundo tipo de estudios ha catalizado la investigación comparada, basada en la descripción simultánea del mismo tipo de movimiento social en contextos nacionales diferentes (p. ej. Kriesi y otros, 1992; Joppke, 1991; Ferree, 1987). Sin embargo, en ambos casos, los investigadores se han dejado guiar por la misma convicción: los movimientos sociales y las revoluciones adoptan una forma u otra, dependiendo de la amplia gama de oportunidades y constricciones políticas propias del contexto nacional en el que se inscriben.

Estructuras de movilización

Como se ha podido comprobar, existe un amplio acuerdo respecto de la influencia que los sistemas políticos institucionalizados ejercen sobre las posibilidades de acción colectiva y las formas que ésta adopta. Sin embargo, si admitimos esta premisa, parece que habría que concluir que el grado de influencia alcanzado por los movimientos sociales no dependería de los diversos tipos de estructuras de movilización a través de las cuales los grupos intentan organizarse. Al hablar de *estructuras de movilización* nos estamos refiriendo a «los canales colectivos tanto formales como informales, a través de los cuales la gente puede movilizarse e implicarse en la acción colectiva». Este interés por los grupos de nivel medio, las organizaciones y las redes informales que constituyen la base colectiva de los movimientos sociales y las revoluciones, se refleja en el segundo elemento conceptual de nuestra síntesis.

Al igual que ocurría en el caso de los estudios sobre oportunidades políticas, la reciente avalancha de teorías y trabajos de investigación sobre la dinámica organizacional de la acción colectiva se ha inspirado, básicamente, en dos perspectivas teóricas distintas. La más importante de ellas es la teoría de movilización de recursos. Tal y como fuera formulada inicialmente por McCarthy y Zald (1973 y 1977), la teoría de movilización de recursos intentaba romper con concepciones de corte pesimista sobre los movimientos sociales para centrarse en *procesos de movilización* y en las manifestaciones organizativas formales de estos procesos. En opinión de McCarthy y Zald, aunque los movimientos sociales no deban cristalizar, necesariamente, en una organización formal, extraen su fuerza, como motor del cambio social, precisamente de las organizaciones que generan. En ocasiones, parecía que estos autores no centraban su interés tanto en el surgimiento y desarrollo de movimientos sociales en general, como en la descripción y caracterización

de un nuevo tipo de movimiento —movimientos sociales conformados por profesionales— al que consideraban un grupo cada vez más influyente en la América contemporánea.

La segunda de las corrientes teóricas que ha impulsado el estudio de las dinámicas organizacionales de la acción colectiva, ha sido el modelo que parte de procesos políticos. En general, los especialistas que trabajan en esta línea, comparten el rechazo por la equiparación entre movimientos sociales y organizaciones formales, propia de los estudios basados en la movilización de recursos. Charles Tilly y algunos de sus colegas sentaron las bases teóricas de esta forma de entender este tipo de procesos, aportando información sobre el papel crítico desempeñado por algunos entornos básicos —en especial la vecindad y el lugar de trabajo— a la hora de facilitar y estructurar la acción colectiva. Partiendo de los trabajos de Tilly, otros especialistas intentaron aplicar su método de trabajo al estudio de movimientos más contemporáneos, por ejemplo, Aldon Morris (1981, 1984) y Doug McAdam (1982) analizaron el papel desempeñado por instituciones locales centradas en los problemas de la gente de color —básicamente iglesias y escuelas— a la hora de explicar el surgimiento de los movimientos norteamericanos pro derechos civiles. Algo similar emprendió Sara Evans (1980) que investigaba los orígenes de los movimientos feministas, señalando el importante papel desempeñado por grupos amistosos informales, que llegaron a generar auténticas redes compuestas por mujeres que, a su vez, participaban en los movimientos pro derechos civiles y en la Nueva Izquierda Americana. Esta afinidad teórica, basada en el interés mostrado hacia *estructuras de movilización básicas e informales*, se percibe incluso en los trabajos sobre captación más modernos (Gould, 1991; Kriesi, 1988; McAdam, 1986; Paulsen, 1993; Snow, Zurcher y Eklund-Olson, 1980), en los que se intentan rastrear redes organizativas.

En un principio, algunos especialistas entendieron que ambos modelos teóricos resultaban ser mutuamente excluyentes, sin embargo, con el paso del tiempo y merced a la gran proliferación de estudios empíricos inspirados en ambos criterios, los especialistas han cobrado conciencia de la enorme variedad de entornos en los que se da la acción colectiva, así como de la diversidad de formas organizativas a las que los movimientos sociales dan lugar. Por consiguiente, dejaron de lado sus diferencias respecto de los méritos relativos de este o aquel enfoque para centrarse en otro tipo de investigaciones concernientes, básicamente, a la dinámica organizacional de los movimientos sociales. Algunos de los temas de estudio más interesantes serían: 1) El análisis comparado de las *infraestructuras organizativas* que permite comprender mejor los patrones históricos de movilización y predecir en qué lugares existe una mayor posibilidad de que se generen movimientos

sociales. 2) La determinación de la relación existente entre forma organizativa y tipo de movimiento. 3) La comprobación de la influencia que sobre los movimientos pueden ejercer, tanto las estructuras estatales como el tipo de «cultura organizativa» en un país dado.

Procesos enmarcadores

La combinación de oportunidades políticas y estructuras de movilización dota a los grupos de un cierto potencial para la acción. Sin embargo, la unión de estos dos elementos resulta insuficiente para explicar el fenómeno de la acción colectiva. Existe un elemento mediador entre oportunidad, organización y acción, a saber, los significados compartidos y conceptos por medio de los cuales la gente tiende a definir su situación. Resulta imprescindible que las personas, como mínimo, se sientan agraviadas por una situación determinada y crean que la acción colectiva puede contribuir a solucionar esa situación. Faltando alguna de estas dos percepciones resulta altamente improbable que la gente se movilice aunque cuente con la oportunidad de hacerlo. A su vez, la presencia o ausencia de este tipo de percepción se debe a una compleja dinámica de psicología social que algunos colegas (Snow y otros, 1986; Snow y Benford, 1988) denominaron *procesos enmarcadores*. De hecho Snow no sólo acuñó, o mejor dicho, modificó y aplicó el concepto de Erving Goffman al estudio de los movimientos sociales, sino que al hacerlo contribuyó a cristalizar y articular el descontento creciente que mostraban los especialistas, debido a la escasa atención que desde la perspectiva de movilización de recursos se dedicaba a las emociones y los sentimientos. Al reafirmar su importancia, Snow y sus colegas no sólo se basaban en los estudios de Goffman, sino también, curiosamente, en la tradición del conductismo colectivo cuyo papel estelar como paradigma habían intentado eliminar los teóricos de la movilización de recursos. Siempre en el seno de esta corriente teórica más antigua, tanto Smelser (1962) como Turner y Killian (1987) asignaron un papel decisivo a las ideas.

Snow no ha sido el único que ha querido llamar la atención sobre la importancia, en el caso de la acción colectiva, de una dimensión más cognitiva, más ideal-valorativa. Existen otras dos nuevas tendencias que señalan la importancia de las ideas o, dicho de una forma más general, de la cultura, a la hora de explicar el surgimiento y desarrollo de movimientos sociales y revoluciones. Los especialistas en nuevos movimientos sociales se percataron de que, en muchos casos, eran, precisamente esos elementos culturales lo que convertía a los nuevos movimientos sociales en movimientos con voluntad de ruptura respecto del pasado. Por tanto, no es de extrañar que muchos de los más destacados

especialistas hayan centrado su atención en el papel desempeñado por los problemas de significado e identidad en relación con los movimientos sociales (Brand, 1985a, 1982; Inglehart, 1979, 1977; Melucci, 1988, 1985, 1990; Touraine, 1981).

Por último, en el modelo teórico basado en el estudio de los procesos políticos, también se resaltaba la importancia de las ideas compartidas, y socialmente construidas, a la hora de explicar la acción colectiva. Aun siendo más conocidos por sus estudios sobre la estructuración política de movimientos sociales y/o revoluciones, teóricos como Gamson (1992a), Tarrow (1989a, 1983) y Tilly (1978) señalaron asimismo el fundamental efecto catalizador de ideas nuevas respecto de la acción colectiva. La discusión suscitada por McAdams (1982) sobre de la necesidad de la existencia de una *liberación cognitiva* como requisito previo a la movilización, quizá sea el reconocimiento más explícito que desde la teoría centrada en el estudio de procesos políticos se ha brindado a la importancia de las ideas.

Sin embargo, a pesar del reconocimiento otorgado a estos aspectos desde las diferentes corrientes doctrinales, en la actualidad no existen muchos estudios sistemáticos sobre los procesos enmarcadores (o sobre la dimensión cultural de los movimientos sociales). Aunque se afirme una y otra vez la necesidad de *reintroducir el elemento cultural* existen muy pocos trabajos, siquiera similares a aquellos con los que contamos sobre la importancia de las oportunidades políticas o estructuras de movilización, a la hora de explicar el surgimiento y desarrollo de los movimientos sociales. Quizá esta laguna se deba, en parte, a lo efímero y amorfo de la naturaleza del objeto de estudio. Siempre resulta más sencillo estudiar sistemas políticos o formas de organización determinadas que intentar observar tipos de construcción social y difusión de nuevas ideas.

También es posible que la carencia de estudios sobre este aspecto tan relevante de la acción colectiva se deba a la falta de precisión conceptual existente a la hora de definir *procesos enmarcadores*. Si bien Snow y sus colegas hacían referencia a algo muy específico al utilizar este término, en los trabajos más recientes se ha dado una cierta tendencia a equiparar el concepto a toda dimensión cultural que pueda apreciarse en el ámbito de los movimientos sociales. El uso del concepto en un sentido tan amplio puede dar lugar a que se le vacíe de toda coherencia y pierda, por tanto, su utilidad teórica. En este volumen deseáramos retomar la concepción original de David Snow y definir el *proceso enmarcador* de forma concisa, entendiendo que al usar el término se está haciendo referencia a los esfuerzos estratégicos conscientes realizados por grupos de personas en orden a forjar formas compartidas de considerar el mundo y a sí mismas que legitimen y muevan a la acción colectiva.

Cuando decidimos editar este libro queríamos ver cumplidos cuatro objetivos principales. En primer lugar, nos propusimos extraer de la ingente cantidad de literatura sobre movimientos sociales existentes los tres conceptos clave que se han erigido en los núcleos centrales de análisis en el ámbito de nuestra disciplina. A través de su reelaboración teórica, deseábamos, además, refinar y delimitar mejor los conceptos en cuestión. Esta es la razón por la que decidimos incluir, en cada una de las tres partes de las que consta el presente volumen, una breve introducción a modo de prólogo. En cada uno de estos ensayos introductorios nos hemos centrado en uno de los tres conceptos, esbozándolo, delimitándolo y ofreciendo un breve comentario sobre los refinamientos conceptuales que pudieran alterar los límites previamente descritos.

Como tercer objetivo nos habíamos propuesto ahondar en la comprensión de las relaciones *dinámicas* entre oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores. La mayoría de los especialistas se centran en el análisis de sólo alguno de estos factores; nosotros hemos querido utilizar este libro para intentar articular un marco para el análisis de movimientos sociales/revoluciones, que permitiera combinar todos los datos e ideas que hemos obtenido partiendo del estudio de los tres factores mencionados. Por último, deseábamos explorar las posibilidades que un marco como éste podría brindar para los estudios comparados. Decidimos, pues, intentar impulsar el diálogo sobre los conceptos de oportunidades políticas, estructuras de movilización y procesos enmarcadores desde una perspectiva transnacional. Por tanto, al encargar la realización de estos trabajos pedimos a cada autor que se centrara en la relación existente entre al menos dos de estos conceptos, y que, a ser posible, lo hiciera de manera que contribuyera a fomentar la investigación comparada de las dinámicas propias de los movimientos sociales. Pero hubiera constituido una negligencia por nuestra parte el hacer recaer el cumplimiento de nuestros dos últimos objetivos exclusivamente en quienes aportaron sus contribuciones al presente volumen. Así pues, en las dos últimas secciones de este ensayo introductorio retomaremos cada uno de estos temas. Quisiéramos, sin embargo, comenzar formulando algunas ideas sobre las relaciones dinámicas existentes entre nuestros tres conceptos.

Relaciones existentes entre oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores

La mayoría de los especialistas tienden a estudiar tan sólo un aspecto de un movimiento. Por ejemplo, uno puede centrarse en los efectos generados por la expansión del universo de las oportunidades políti-

cas, o en la dinámica organizacional de la acción colectiva. Pero el reto real consiste en intentar esbozar el entramado de relaciones existente entre estos tres factores, logrando así una mejor comprensión de la dinámica inherente a los movimientos sociales.

El problema es que existe un enorme cúmulo de relaciones entre nuestros tres factores. Según la hipótesis de estudio que planteemos parece cobrar mayor importancia un tipo de relación u otra. Quisiéramos señalar aquí la relevancia de dos de estas cuestiones. La primera de ellas está relacionada con el problema del origen de los movimientos sociales y las revoluciones; la segunda con la difusión y formas adoptadas por los movimientos con el paso del tiempo. En ambos casos, lo que nos interesa realmente es comprender los factores y procesos que configuran un movimiento dado: deseamos saber cómo surge y cómo evoluciona.

La cuestión del surgimiento de un movimiento social

Intentar entender el cúmulo de factores que dan lugar al surgimiento de un movimiento social, probablemente sea uno de los problemas más importantes que se puedan plantear en el ámbito de nuestra especialidad. Es más, prácticamente toda «teoría» formulada en este campo es, en primer lugar y sobre todo, una teoría sobre el origen de los movimientos sociales. Esto se aplica asimismo a las corrientes mencionadas con anterioridad. Los partidarios del estudio de conductas colectivas consideran que en la raíz de todo movimiento social se hallan ideas compartidas y situaciones de tensión. Aunque existan importantes divergencias entre los especialistas que trabajan en el ámbito de la tradición de los nuevos movimientos sociales, la mayoría de los partidarios de este enfoque dejan traslucir su conformidad con la explicación que los «conductistas» ofrecen a la hora de rastrear el surgimiento de los movimientos sociales. Lo que se consigue es, en definitiva, subrayar el papel desempeñado por las contradicciones materiales e ideológicas de la sociedad posmaterialista a la hora de explicar la movilización política en torno a puntos no materialistas o que, previamente, se consideraban parte del ámbito de lo privado. Los teóricos que estudian la movilización de recursos, se centran en la importancia de éstos y de los factores organizativos a la hora de explicar el surgimiento de movimientos sociales. Atendiendo al modelo basado en el estudio de los procesos políticos habría que dar gran importancia a la ampliación de las oportunidades políticas como acicate último de la acción colectiva.

Desde nuestro punto de vista, todas estas teorías resultan provechosas. Sin embargo, quizá nuestros presupuestos nos sitúen más cerca de los defensores del modelo de proceso político. Compartimos con

ellos la convicción de que la mayoría de los movimientos políticos y revoluciones se catalizan debido a cambios sociales que convierten al orden político establecido en algo más vulnerable o más receptivo al cambio. Pero estas *oportunidades políticas* sólo son uno de los requisitos necesarios. No es probable que se aprovechen si no existe una infraestructura organizativa, formal o informal, capaz de canalizar los procesos. Por último, junto a los requerimientos estructurales de oportunidad y organización hay que mencionar la importancia de significados y definiciones —marcos— compartidos por los partidarios del movimiento emergente. Esta es la aportación decisiva de los teóricos de los nuevos movimientos sociales y los estudiosos de las conductas colectivas: el impulso a la acción se halla ciertamente vinculado a la vulnerabilidad estructural, pero es, básicamente, un fenómeno cultural.

Una vez reconocida la importancia de cada uno de los tres factores, resulta fundamental añadir que despliegan efectos interactivos y no independientes. Al margen de lo fundamental que, retrospectivamente, pueda parecer una oportunidad, ésta no será tal si no es reconocida por un *grupo* de actores suficientemente organizados que compartan una determinada forma de apreciar la situación. Esta definición de los orígenes de la acción colectiva implica reconocer la importancia crítica de dos tipos de dinámicas relacionadas entre sí. En primer lugar, habría que mencionar la relación existente entre procesos enmarcadores y los distintos tipos de oportunidades políticas «objetivas» que se supone facilitan el surgimiento de la acción colectiva. Lo cierto es que hay cambios que catalizan la movilización, y no sólo porque muestren tener efectos «objetivos» sobre las relaciones de poder, sino también precisamente porque promueven procesos enmarcadores que minan aún más la legitimidad del sistema, poniendo en cuestión su resistencia al cambio. Así pues, no tiene sentido preguntarse si la reformas de Gorbachev contribuyeron a poner en marcha las revoluciones en el Este de Europa porque alteraron la estructura política de los países del antiguo pacto de Varsovia, o porque hicieron posible que la gente cobrara conciencia de la ilegitimidad del sistema y su vulnerabilidad. Evidentemente, sus reformas tuvieron ambos efectos. La negativa de Gorbachev a intervenir militarmente en ayuda de los países del Pacto de Varsovia, dio alas a la acción colectiva, tanto debilitando, objetivamente, a las fuerzas que ejercían el control social en estos regímenes, como elevando la percepción pública de la ilegitimidad y vulnerabilidad del sistema. Las oportunidades políticas se incrementan sólo si existe una interacción entre ellas y los cambios estructurales y de percepción que ellas mismas contribuyen a catalizar.

Existe una dinámica recíproca similar que definiría la relación entre organización y procesos enmarcadores. Estos últimos, evidentemente,

contribuyen a la movilización, porque la gente, a medida que va siendo más consciente de la ilegitimidad y vulnerabilidad del sistema, quiere organizarse y actuar. Pero creemos que, a su vez, el que se generen procesos enmarcadores como respuesta crítica frente a un sistema dado, depende de que la gente tenga acceso a diversas estructuras de movilización. Como ya señalara Murray Edelman (1971, p. 32), en la raíz de toda percepción que pueda mover a la acción colectiva existen «grupos de personas que crean los significados que quieren dar a eventos presentes y futuros».

Opinamos que el concepto clave en la frase citada es el de *grupos de personas*. Es decir, los procesos enmarcadores son más frecuentes y de mayor alcance cuando existen buenas condiciones para la organización. Esto último parece una perogrullada. Incluso en el caso improbable de que se generen estructuras críticas con el sistema en un contexto de escasa organización, la ausencia de estructuras de movilización reales impediría, casi con toda seguridad, que el movimiento se extendiera hasta alcanzar el número de personas requerido para inducir la acción colectiva. Más interesante resulta la sospecha de que, en ausencia de organización, estas estructuras ni siquiera llegarían a constituirse.

Esta idea se basa en lo que Ross (1977) llama el «error fundamental de atribución» —es decir, la tendencia de la gente a explicar la situación en que se encuentra en función de deficiencias individuales, más que por medio de la atribución de deficiencias al sistema—. Ross asume que este fenómeno es más frecuente en sociedades que generan aislamiento que en aquellas en las que se promueven organizaciones. A falta de la información y la perspectiva que aportan los demás, los individuos aislados tienen una marcada tendencia a explicar sus problemas recurriendo a defectos individuales más que del sistema. Sólo cuando se atribuyen deficiencias al sistema se genera una base para la acción colectiva. Por tanto, los especialistas en movimientos sociales deben formularse la siguiente pregunta: ¿qué circunstancias sociales producen procesos enmarcadores críticos hacia el sistema y las deficiencias que entienden provienen de la mala actuación de éste? Según Ferree y Miller (1977, p. 34), la respuesta parece ser: «la existencia de grupos homogéneos con contacto intenso y regular entre sí». Su definición describe la esencia de lo que nosotros hemos dado en llamar estructuras de movilización.

Nuestros tres factores pueden pues utilizarse para definir, de forma general, los parámetros de un modelo explicativo sobre el surgimiento de los movimientos sociales, pero pueden ser, asimismo, de utilidad para arrojar luz sobre otra cuestión relacionada con los orígenes de la acción colectiva. Nos estamos refiriendo a un extremo de gran importancia y desgraciadamente poco estudiado: la forma que adoptan los movimientos. Dicho de otro modo: ¿qué condiciones deben darse para que surja

un tipo determinado de movimiento social (p. ej. movimientos reformistas de base, *lobbies* que representan intereses públicos, revoluciones)? Al formularse la cuestión de esta forma, se está dando por sentado, que las diversas variantes de movimientos sociales no son más que formas distintas de acción colectiva y no fenómenos cualitativamente diferentes que requieran de teorías explicativas propias. Esto es de especial importancia en el caso de las revoluciones, una forma de acción colectiva que ha sido estudiada a lo largo de los últimos años como un fenómeno diferente al de los movimientos sociales. Nosotros no estamos de acuerdo con esta postura. Creemos que en vez de asumir diferencias deberíamos estudiar el fenómeno de la diversidad formal de los movimientos como una variable más, e intentar explicar éstas divergencias buscando combinaciones concretas entre oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores de la acción colectiva.

La falta de espacio y la complejidad del tema nos impiden formular una teoría completa sobre la diversidad formal de los movimientos sociales. No obstante sí podemos ofrecer un primer esquema para, a través de él, poner de manifiesto la utilidad que pensamos que puede tener la adopción de esta perspectiva. Ya no sorprenderá al lector que, nuevamente, comencemos señalando la importancia del estudio de las oportunidades políticas a la hora de obtener una mínima comprensión de las dinámicas inherentes a los movimientos sociales.

En nuestra introducción a los capítulos de este volumen relacionados con la oportunidad política, recogemos un tema que está siendo estudiado tanto por defensores del modelo basado en los procesos políticos, como por la tradición de los nuevos movimientos sociales. Preocupados por el hecho de que el concepto «oportunidades políticas» carezca de precisión conceptual, autores como Hans Peter Kriesi (1991) y Sidney Tarrow (1994, cap. 8) han intentado identificar aquellas dimensiones específicas de los sistemas políticos que catalizan la creación de marcos para la acción colectiva. Quisiéramos alabar estos esfuerzos, y ofrecer, en la introducción a la segunda parte de este volumen, nuestro esquema para diferenciar las dimensiones relevantes de las «estructuras de oportunidad política». El esquema detallado se puede pues encontrar en esa introducción. No obstante, para proseguir con el tema que nos ocupa, debemos al menos mencionar estas dimensiones. Son las siguientes:

1. El grado de tendencia a la apertura del sistema político institucionalizado.
2. La estabilidad en las alineaciones de las elites que defienden determinadas líneas políticas.
3. La posibilidad de contar o no con el apoyo de estas elites.
4. La capacidad estatal para reprimir los movimientos sociales y su tendencia a hacerlo.

Así, por ejemplo, los autores que desearan analizar los orígenes de la acción colectiva deberían estudiar en qué medida cambios en una (o más) de estas dimensiones convierten al sistema político en más receptivo o vulnerable ante el reto que siempre supone el nacimiento de grupos de contestatarios. Pero, teniendo en cuenta lo que analizábamos con anterioridad, es posible que las oportunidades políticas al alcance de los grupos determinen no sólo el momento en el que surgen, sino asimismo la estructura formal que adoptará la acción colectiva. Es decir, un cambio en cualquiera de las dimensiones antes mencionadas puede catalizar la generación de movimientos sociales, pero es muy probable, que la forma que adopte la movilización también se vea determinada por el tipo de oportunidad para la acción que exista.

En el capítulo 5 de este volumen, Elena Zdravomyslova ofrece dos ejemplos que ilustran de forma muy gráfica el problema. La autora compara dos movimientos distintos que surgieron en Leningrado/San Petersburgo en los inicios de la época de reformas de Gorbachev. El primero de ellos, la Unión Democrática, se fundó en 1988 más que nada como reacción ante las propuestas de Gorbachev de dotar al discurso público de mayor transparencia y de *relajar el control social* ejercido por las autoridades estatales. Tanto en su estructura formal como en el tipo de prácticas que se llevaban a cabo en su seno, la Unión Democrática reflejaba claramente estos cambios específicos. El grupo se dedicaba, casi exclusivamente, a organizar manifestaciones públicas para intentar ampliar la brecha, exigiendo políticas estatales más tolerantes en lo referente al derecho de reunión y a las manifestaciones de carácter político.

En cambio, el segundo de los grupos analizado por Zdravomyslova, El Frente Popular de Leningrado, surgió tras la promulgación de la Ley Electoral de 1988. Esta ley contemplaba la celebración de elecciones democráticas en el plazo de un año, garantizando así a los disidentes la posibilidad de *acceder al poder por medio de las elecciones*. De acuerdo pues con la naturaleza y el tipo de oportunidad que se brindaba, el Frente Popular de Leningrado se dispuso a organizar una *campaña electoral* de amplio alcance.

En resumen, cabe esperar que los contestatarios se movilicen como reacción ante un aumento de las oportunidades políticas, y lo hagan de forma diferente, según el tipo de oportunidad que se les ofrezca y las ventajas que obtengan al aprovecharla. En el caso de los dos grupos de Zdravomyslova, los disidentes aprovechaban, en un caso, una reducción del control social, y, en el otro, la garantía del acceso al proceso electoral. Lo mismo se aplica a las otras dos dimensiones de las oportunidades políticas. En aquellos casos en los que, rutinariamente, se da una transferencia democrática de poder de un grupo de beneficiarios a

otro, es posible que surjan (o reaparezcan) movimientos reformistas que entienden que, por medio de estas transferencias de poder, pueden obtener el apoyo de ciertas elites. Esto se percibió claramente en los Estados Unidos durante los mandatos de Kennedy y Johnson; una época de importantes movilizaciones por parte de la izquierda. Asimismo, durante los años de mandato de Reagan y Bush hubo un marcado incremento de los movimientos de protesta, en este caso protagonizados por grupos de derecha.

Tal parece pues que los movimientos revolucionarios y de reforma más amplios surgen, no como consecuencia del funcionamiento rutinario de bloques estables de elites, sino, precisamente, en esos raros momentos de cambio en los que se desestabilizan las alianzas de gobierno previamente existentes. En el caso del movimiento Pro Derechos Civiles norteamericano se apreció y explotó adecuadamente el distanciamiento creciente entre dos miembros importantes de la New Deal Coalition: los Dixiecrats del sur y los Labor Liberals del norte. En el caso de las revoluciones, prácticamente todos los especialistas han señalado la importancia que, para la movilización, revisten las disensiones en el seno de las elites (Goldstone, 1991; Skocpol, 1979).

La conclusión más importante que cabe extraer de todo esto es que resulta evidente que el tipo de movimiento social que pueda surgir en un momento dado dependerá de las oportunidades políticas específicas que lo catalicen. Sabíamos que éstas determinaban el momento de su surgimiento, pero debemos aceptar que también tienen una gran influencia respecto de la forma que adopten. Las estructuras de movilización y procesos enmarcadores se hallan fuertemente relacionadas con las oportunidades. De nuevo, el movimiento Pro Derechos Civiles norteamericano permite ilustrar correctamente esta afirmación. Parece ser que la amplitud y el ámbito de actuación del movimiento se debió, en primer y básico lugar, a las interpretaciones que se realizaron respecto de las realineaciones políticas y las disensiones entre elites que presagiaban. En este caso, no se puede considerar que el «tipo» de oportunidad que se brindaba tuviera algo que ver con la estructura organizativa concreta que el movimiento adoptó, ni con la ideología que desde él se promulgaba. Para comprender estos fenómenos, es preciso recurrir a las estructuras de movilización concretas y a los procesos enmarcadores que caracterizaron al movimiento en sus inicios. Estos dos factores se hallan claramente interrelacionados. En el caso del movimiento Pro Derechos Civiles, la movilización inicial se llevó a cabo, básicamente, en el seno de la iglesia negra (McAdam, 1982; Morris, 1984). Teniendo en cuenta el papel central que la iglesia, como institución, desempeñó en los primeros momentos de la lucha, no resulta sorprendente que la forma inicial del movimiento tuviera una fuerte pregnancia religiosa. Esta característica se

hacía evidente en muchos de sus rasgos organizativos típicos, desde la frecuencia con que se acudía a las reuniones multitudinarias como mecanismo de movilización, hasta el número desproporcionado de eclesiásticos que se erigieron en líderes del movimiento en sus inicios.

Se puede pues afirmar que el tipo de oportunidad política que se aprovecha determina, de forma muy general, el tipo de movimiento social que surgirá; pero es más probable que sean las formas organizativas y las estructuras ideológicas al alcance de los contestatarios las que ejerzan una influencia más directa sobre las características formales e ideológicas del movimiento. Estas, a su vez, resultan ser en gran medida consecuencia de las estructuras de movilización en las que se encuadran los disidentes en los albores del movimiento.

Desarrollo del movimiento y resultados obtenidos

Habiendo utilizado nuestros tres factores para intentar explicar el momento en el que surge el movimiento y la forma que adopta, quisiéramos ahora centrar nuestra atención en los estadios subsiguientes de la acción colectiva. ¿Qué podemos averiguar sobre la dinámica evolutiva de un movimiento social atendiendo al papel desempeñado por las oportunidades políticas, las estructuras de movilización y los procesos enmarcadores? En nuestra opinión, mucho. De hecho, creemos que existe una gran continuidad entre los procesos que determinan el surgimiento de un movimiento y los que influyen sobre su desarrollo posterior y eventual declive. Esperamos que estudiando el papel desempeñado por cada uno de estos tres factores aparezcan, con mayor claridad, las similitudes y diferencias que existen entre las dos fases de la acción colectiva.

Oportunidades políticas. En lo que a este factor respecta, poco habría que añadir a lo ya dicho. Baste con repetir la idea de que el entorno político en el que se encuadra el movimiento sigue determinando, con fuerza, el conjunto de oportunidades y límites que determinarán su desarrollo posterior. Por ejemplo, las diferencias transnacionales en los rasgos institucionales más estables de los sistemas políticos deberían ejercer una influencia significativa sobre la trayectoria de movimientos concretos. Así, se podría decir que la diferencia entre el sistema electoral mayoritario norteamericano, en el que el ganador se lo «lleva todo», y el sistema semiproporcional de Alemania Occidental, podría explicar la existencia de un desarrollo histórico muy distinto de los movimientos ecologistas en ambos países. Mientras que el sistema electoral más restrictivo de Estados Unidos no ofrecía viabilidad política a los movimientos ecologistas, en Alemania Occidental ocurría justo lo con-

trario. Aunque no fueran más «radicales» que sus colegas norteamericanos, los «Verdes» alemanes contaban con la posibilidad de acceder al poder por medio de las elecciones; una oportunidad demasiado buena como para dejarla pasar. La consecuencia inmediata ha sido que los ecologistas de Alemania Occidental —actualmente Alemania a secas— tienen, desde hace tiempo, un carácter mucho más electoralista o institucionalista que sus colegas norteamericanos.

El estudio de los *cambios* en la estructura de las oportunidades políticas no sólo sirve para determinar las diferencias existentes entre el desarrollo de movimientos de características similares a nivel transnacional, sino que puede, asimismo, ayudarnos a mejorar nuestra comprensión sobre la suerte que pueden llegar a correr los distintos movimientos sociales. Existe un cierto número de factores que podrían ayudar a explicar el declive del movimiento Pro Derechos Civiles norteamericano. Entre los más destacados cabría mencionar la redemocratización del derecho de sufragio en el Sur, el aumento de la influencia republicana en la región y el reconocimiento y explotación de estos procesos durante la exitosa campaña electoral presidencial de Nixon, en 1968. En este año, el éxito de la *Estrategia Sureña* de Nixon supuso un duro revés para la lucha negra, haciendo patente lo irrelevante que el *voto negro* resultaba para el Partido Republicano. El movimiento no tenía forma de presionar ni a Nixon ni a ninguno de sus sucesores republicanos.

Esto demostraría, que la estructura de las oportunidades políticas determinada por los rasgos estables y volátiles de un sistema político dado sigue ejerciendo una gran influencia sobre el desarrollo de los movimientos sociales. La única diferencia real entre la fase de surgimiento y la de desarrollo consistiría en que, en ésta última, las oportunidades y límites no constituyen algo que se cree o destruya sin la participación de los propios movimientos. A partir de un determinado momento, la estructura de las oportunidades políticas no sería sino el producto de la interacción del movimiento con otros elementos del medio. Habría dejado de ser un mero reflejo de cambios que tienen lugar en alguna parte. Por tanto, para entender adecuadamente el impacto que el medio tiene sobre el desarrollo de los movimientos es preciso analizar con mucha mayor atención al movimiento mismo, buscando las características que hacen posible que, a su través, se redefine el panorama político.

La estructura organizativa de un movimiento social

En el ámbito de lo organizativo, el problema más relevante en relación con el surgimiento de un movimiento social es la cuestión de si los contestatarios cuentan con *estructuras de movilización* lo suficientemente fuertes como para poner en marcha el movimiento. No obstan-

te, una vez que ya existe acción colectiva, las actividades organizativas que un movimiento social debe desplegar pueden variar significativamente. Ya no se trata de la disponibilidad o no de estructuras de movilización, sino de estudiar el perfil organizacional de estos grupos que se supone representan a un movimiento social que ha cobrado importancia. La naturaleza de estos grupos organizados también puede variar enormemente. Si bien a menudo los movimientos sociales surgen en el seno de instituciones establecidas o de redes asociativas informales, rara vez permanecen encuadrados en estos escenarios que poco recuerdan a los auténticos movimientos. Porque, para que éstos sobrevivan, los contestatarios deben ser capaces de crear un tipo de estructura organizativa del estilo de las adoptadas por los movimientos sociales con estructura formal (Movimientos Sociales Organizados: MSOs), cuya importancia no dejan de señalar los teóricos de la movilización de recursos. Tras una primera fase de establecimiento, son éstos MSOs los que, con su esfuerzo, contribuyen a fijar el ritmo y los resultados del conflicto. A su vez, de la literatura empírica parece poderse deducir, que el éxito o fracaso de estos esfuerzos depende, básicamente, de algún tipo de combinación entre los factores objeto de estudio.

Tácticas disruptivas. A pesar de la afirmación pluralista de que el éxito político de estos movimientos depende de una táctica de frialdad y reserva, del mantenimiento del respeto hacia los *canales adecuados*, empieza a haber abundancia de datos empíricos que parecen apuntar hacia lo contrario. Según McAdam (1983b) el ritmo y la eficacia de la protesta pro Derechos Civiles se debió, en gran medida, a la habilidad desarrollada por el movimiento para diseñar tácticas innovadoras y disruptoras que, temporalmente, llevaban a un punto muerto las relaciones entre los segregacionistas y los responsables del movimiento. Al no sentirse lo suficientemente fuertes para derrotar a los segregacionistas sureños en un enfrentamiento localmente circunscrito, los insurgentes utilizaron tácticas novedosas y provocativas —las sentadas, las marchas por la libertad, el Proyecto Estival de la Libertad (Freedom Summer Project)— para crear desórdenes públicos de tal calibre que fuera precisa la intervención federal.

En el estudio realizado por William Gamson (1990), basado en el análisis de cincuenta y cuatro «grupos contestatarios», se aportan datos que confirman la hipótesis anterior. En opinión de Gamson, aquellos grupos que usaron la «fuerza y la violencia» tendían a tener más éxito que los que no lo hicieron. Estos resultados no son tan extravagantes como pudiera parecer a primera vista. Parece ser que la utilización exitosa de los «canales adecuados» depende, precisamente, de la disposición del tipo de recursos políticos convencionales —dinero, votos,

influencia—de los que carecen los movimientos sociales. Faltando estos elementos, a los grupos puede no quedarles más recurso que usar sus posibilidades para alterar el orden público e inducir así, negativamente, la negociación.

Por último, en la síntesis que Tarrow hace de las más modernas tendencias en este tipo de estudios (1994), se señala que son precisamente estas alteraciones o la amenaza de incurrir en ellas, lo que dota a los movimientos sociales de esa eficacia improbable como motores del cambio social.

Efecto del ala radical. Al margen de las funciones que pudieran cumplir las tácticas disruptivas, los movimientos, en general, parecen beneficiarse de la presencia de un ala «radical». O, dicho de forma más precisa, los movimientos compuestos por un amplio espectro de grupos dispuestos a defender tácticas diferentes, parecen beneficiarse de lo que se ha venido denominando el *efecto del ala radical* (Barkan, 1979; Haines, 1988). Este término se utiliza para describir algo que a menudo sucede cuando coexisten MSOs moderados y extremistas. Como ya señalara Haines, en su análisis sobre los cambios operados en la mayor parte de las organizaciones encargadas del Movimiento pro Derechos Civiles, esta situación tiende a beneficiar a las organizaciones más moderadas. En efecto, la presencia de extremistas induce a brindar apoyo a los moderados, en un intento por minar la influencia ejercida por los radicales.

Las relaciones entre el Estado y el movimiento pueden caracterizarse por una dinámica similar. En el mundo moderno, las demandas planteadas por los movimientos deben, en última instancia, ser satisfechas por el Estado. Para poder ofrecer una respuesta, los responsables estatales deben buscar un interlocutor entre los líderes y las organizaciones que parecen representar a los movimientos y que puedan resultar negociadores fiables. En una situación como ésta, la presencia de grupos calificados de extremistas puede, de hecho, ayudar a fortalecer y legitimar los planteamientos de los MSOs. Curiosamente, la presión ejercida por los extremistas puede llevar a los moderados a adoptar, ellos mismos, posiciones más radicales. El resultado final bien puede ser que se logre un acuerdo respecto de cambios legislativos o administrativos que, en principio, hubieran sido considerados radicales, tanto por parte del Estado como de los moderados.

Objetivos. Los objetivos perseguidos son una de las bazas más importantes con las que cuentan los MSOs a la hora de interactuar, exitosamente, en un medio dominado por la política y el resto de las organizaciones. Es decir, las reacciones que sus actividades generan

en las demás partes implicadas en el conflicto —el Estado, otros movimientos, los medios de comunicación, etc.— dependen, considerablemente, de las metas perseguidas por el movimiento. En esos objetivos hechos públicos se pueden percibir amenazas para ciertos grupos y oportunidades aprovechables para otros. Por tanto, el grado de oposición y apoyo del que, finalmente, goza un MSO depende de las amenazas o beneficios que revelen sus objetivos. Si se tiene en cuenta esta dinámica, cobra mucho sentido otro de los resultados obtenidos por Gamson en su estudio sobre los «grupos contestatarios». Este autor señaló que aquellos grupos que debían desplazar a otros para alcanzar sus metas tenían muchas menos posibilidades de éxito que otros cuyos objetivos no implicaran desplazamiento alguno (Gamson, 1990, pp. 41-44).

Quisiéramos cerrar nuestra discusión sobre el efecto ejercido por los objetivos sobre la evolución de un movimiento, llamando la atención sobre otro de los resultados obtenidos por Gamson. Al margen de la esencia de los objetivos perseguidos por los movimientos, Gamson analizó también, simplemente, el número de metas enumeradas. Más concretamente dividió a los grupos objeto de estudio en aquellos que perseguían una meta «única» y los que tenían objetivos múltiples. A primera vista puede parecer más prometedor el segundo tipo de movimiento, que debería ser capaz de atraer más simpatizantes al contar con objetivos diversificados. Además, parece que una organización que cuenta con una meta única debería tender a extinguirse una vez lograda ésta, lo que no ocurre en el caso de movimientos de objetivos múltiples.

Sin embargo, un análisis más cuidadoso demuestra que existen asimismo riesgos inherentes a la estrategia de objetivos múltiples. En primer lugar puede ser necesario diversificar en exceso los, de por sí, escasos recursos y energías de un MSO. También resulta peligrosa la tendencia a la disensión interna y el faccionalismo. ¿Quién decide qué objetivos deben ser los prioritarios y cómo deben repartirse los recursos? Cuando un grupo se centra en un objetivo único se elimina la posibilidad de que surgan fracturas. De acuerdo con este punto de vista, Gamson halló que los movimientos de meta única tienden a tener éxito con mayor frecuencia que los otros (Gamson, 1990, pp. 44-46).

Al repasar los estudios realizados sobre estos tres factores no era nuestra intención sumergirnos en los detalles empíricos de los diversos análisis. Simplemente deseábamos apuntalar lo que consideramos es el núcleo central de nuestra teoría sobre el desarrollo de los movimientos sociales: *los movimientos sociales surgen como respuesta a oportunidades para la acción colectiva que el medio ofrece, pero su desarrollo se ve firmemente determinado por sus propias acciones.* Más concretamente, es la organización formal que se supone representa al movimiento, la que, cada vez más, determina el curso, el contenido y los resultados

de la lucha. En términos de nuestros tres factores esto significa que tanto las oportunidades políticas como los procesos enmarcadores son, en mayor medida de lo que lo eran en la fase de surgimiento del movimiento, el producto de la dinámica organizativa. Ya hemos hablado mucho del papel desempeñado por las oportunidades políticas en las fases subsiguientes de la acción colectiva. Quisiéramos cerrar el tema con unas cuantas alusiones a los procesos enmarcadores y su creciente imbricación con lo organizativo tras el surgimiento del movimiento.

Procesos enmarcadores

Al igual que ocurría en el caso de las oportunidades políticas, los procesos enmarcadores tienen tanta importancia para un movimiento ya organizado, como la tenían en la fase de origen de la acción colectiva. En las últimas fases de la protesta, los movimientos siguen dependiendo de los significados compartidos por sus partidarios. La diferencia estriba en que en un movimiento ya maduro es más probable que los procesos enmarcadores 1) tomen forma gracias a las decisiones estratégicas conscientes de los MSOs y 2) sean objeto de crítica intensa por parte de los actores colectivos que representan al movimiento, al Estado y a cualquier *contramovimiento* existente. Vamos a comentar cada uno de estos puntos.

Enmarcar es un proceso colectivo, tanto durante la fase inicial como después. Pero en ambos momentos, los escenarios en los que se desarrolla el proceso y la naturaleza de éste pueden ser muy distintos. Parece natural que los procesos enmarcadores iniciales sean estratégicamente menos conscientes. De hecho, al principio, los participantes pueden no tener plena conciencia de estar tomando parte en un proceso interpretativo de importancia. Esto no es así en fases posteriores, en las que diversas facciones y figuras en el seno del movimiento compiten sin cesar para hacer prevalecer su opinión respecto del modo más *convinciente* de hacer llegar el *mensaje* del movimiento a la gente.

En ausencia de una autoconciencia estratégica fuerte, el proceso enmarcador inicial tiene un carácter más catalizador del que tendrán esfuerzos posteriores. Por tanto, al principio, el resultado del proceso resulta menos predecible que con posterioridad, cuando los contestatarios actúan para reafirmar o extender un consenso ideológico ya existente. Es decir, los esfuerzos enmarcadores del movimiento realizados en fases posteriores se ven fuertemente limitados por las ideas, las identidades colectivas y las formas de ver el mundo por las que se ha optado con anterioridad (Moore, 1993).

Finalmente, conviene señalar algo de gran importancia: los procesos enmarcadores tardíos tienden, en mucha mayor medida que los

iniciales, a ser *propiedad* exclusiva de MSOs formales. En un principio, organizaciones ya existentes o algunas instituciones pueden servir para dar forma a un movimiento emergente, pero no son reconocidas por la dirección del movimiento como algo surgido por medio de los procedimientos habituales de funcionamiento de la organización. Por tanto, en fases subsiguientes se intenta remediar esta situación. Así como, al final, la estructura de las oportunidades políticas se debe, en parte, a la actividad desarrollada por los MSOs, la creación de marcos posterior acaba siendo, asimismo, el resultado de procesos desarrollados en el seno de organizaciones formales.

Al margen de los cambios que puedan operarse en el ámbito interno, *el contexto* en el que se lleva a cabo la creación de marcos puede ser totalmente distinto al principio que en estadios posteriores de la acción colectiva. En los inicios, las instituciones políticas pueden desconocer el movimiento o no sentirse amenazadas por él, quizá incluso les resulten divertidas sus reivindicaciones. Pero esta actitud tenderá a cambiar si, y cuando, el movimiento se consolide como una fuerza seria, capaz de generar cambio social. Cuando esto ocurre, los esfuerzos de creación de marcos tienden a convertirse en auténticas *batallas* libradas entre los actores que representan al movimiento, el Estado y cualquier contra-movimiento que pudiera haber surgido. Para complicar aún más las cosas, estas *batallas* no se librarán cara a cara, sino de forma indirecta, a través de los filtros de los medios de comunicación. Por tanto, el éxito de intentos de creación de marcos posteriores no dependerá de las ventajas que pueda ofrecer un modelo u otro, sino de la independencia, la simpatía y los procedimientos usados por los medios de comunicación.

Resumiendo, creemos que el análisis debe centrarse en problemas diversos según el estadio de desarrollo en que se halle el movimiento objeto de estudio. A lo largo de la fase de surgimiento de la acción colectiva, el papel crítico lo desempeñan las oportunidades que, para la acción, ofrece el medio. Posteriormente, es el movimiento mismo el que debe pasar a ser objeto preferente de estudio. Más concretamente, la extensión, el carácter y los resultados de la acción colectiva pasan a depender, en gran medida, de la interacción que se dé entre el movimiento —o, para ser más exactos, los MSOs que se supone le representan— y otros actores organizados que forman parte de la situación de conflicto.

La perspectiva comparada

Al contrario de lo que ocurre en el caso de otras corrientes teóricas, la perspectiva que se ha esbozado surgió como consecuencia del diálogo ininterrumpido entre especialistas que trabajaban en contextos

nacionales muy distintos. El resultado es que el punto de vista que se ofrece siempre ha tenido una importante faceta comparada. Aún no hemos conseguido hacer explícita esta característica implícita de nuestra teoría. Para intentar hacerlo retomaremos, nuevamente, los tres conceptos centrales señalando cómo, en nuestra opinión, podría utilizarse cada uno de ellos para arrojar cierta luz sobre las diferencias y similitudes existentes entre movimientos de diversos países.

Oportunidades políticas

Como ya se ha señalado, en la mayor parte de la investigación sobre oportunidades políticas se ha intentado mostrar cómo los *cambios* en algún aspecto del sistema político crean nuevas posibilidades para la acción colectiva, posibilidades que son aprovechadas por una o varias personas que encauzan la protesta (Costain, 1992; McAdam, 1982; Tarrow, 1989a). Así pues, el concepto ha sido utilizado, mayoritariamente, en relación con los *estudios de caso* como factor explicativo del surgimiento de un movimiento concreto o de un *ciclo de protesta*. Sin embargo, recientemente, se ha empleado el término de forma muy diferente en la investigación; de una forma explícitamente comparada. En vez de centrarse en el papel que desempeña el incremento de las oportunidades políticas a la hora de analizar el surgimiento de movimientos concretos, los especialistas han comenzado a comparar entre sí los movimientos que se originan en los distintos países, intentando explicar las diferencias que se perciben en las dimensiones, forma u organización, así como el grado de éxito alcanzado, teniendo en cuenta las divergencias existentes en las estructuras formales del poder político.

Así, por ejemplo, Myra Marx Ferree (1987) ha intentado analizar las divergencias entre los movimientos de corte feminista de Estados Unidos y de Alemania Occidental, centrándose, sobre todo, en las diferencias políticas e institucionales existentes entre ambos países. Algo similar ha sido puesto de manifiesto por Christian Joppke (1991), cuando, en su intento por analizar las divergencias existentes en el surgimiento y desarrollo de los movimientos antinucleares en los Estados Unidos y Alemania Occidental, atribuye las variaciones a las diferencias existentes en el contexto político en el que se han desarrollado los movimientos. Dieter Rucht (1990) también estudió los movimientos antinucleares, pero amplió el campo de estudio hasta incluir Francia, los Estados Unidos y Alemania Occidental. No obstante, al hacerlo, utilizó un esquema interpretativo basado en «la diferencia existente en la estructura de las oportunidades políticas», diferencia que explicaría las divergencias en «el desarrollo, las estrategias, las formas organizativas, el tipo de actividades y los resultados obtenidos». Por últi-

mo hay que mencionar el proyecto de investigación más ambicioso planteado hasta el momento respecto del análisis de la relación existente entre el contexto político nacional y la amplitud y naturaleza de la acción colectiva. Hans Peter Kriesi y algunos de sus colegas (Kriesi y otros, 1991, 1995) han estudiado, desde esta perspectiva, el surgimiento y desarrollo posterior de los nuevos movimientos sociales en Francia, Suiza, Alemania y los Países Bajos.

Estructuras de movilización

Otros trabajos recientes reflejan una tendencia comparada similar al estudiar los orígenes y efectos de diversas estructuras de movilización. En el capítulo 8 de este libro, Dieter Rucht ofrece un ejemplo magnífico de esta tendencia. Rucht intenta describir y explicar la diversidad de estructuras adoptadas por los movimientos sociales en Francia, Alemania y los Estados Unidos. En un artículo anterior, John McCarthy (1987) comparaba las tasas de afiliación institucional de distintos países, intentando explicar así las diferencias registra- das en lo que a lugar, forma o carácter de la acción colectiva respecta. Por ejemplo, en su opinión, el carácter originariamente religioso de muchos de los movimientos norteamericanos se debería a que el número de personas que se consideran miembros activos de la iglesia es mucho más elevado en Estados Unidos que en otras democracias occidentales. Por último, Kim Voss se halla estudiando en la actualidad el desarrollo histórico de los primeros movimientos obreros en Estados Unidos e Inglaterra para determinar si las diferentes formas de organización que se adoptaron podrían explicar la derrota de los American Knights of Labor y el éxito último de sus compañeros ingleses (véase cap. 10).

La variedad de estos trabajos indica que existen buenas posibilidades para la realización de estudios comparados en este área. Centrándonos sólo en los tres ejemplos aquí mencionados, resultaría que los investigadores ya están intentando comprender las diferencias transnacionales existentes respecto de 1) la ubicación institucional tras la movilización, 2) el papel desempeñado por el sistema político a la hora de estructurar el perfil organizacional del movimiento, y 3) el efecto que la estructura organizacional puede tener sobre las posibilidades de supervivencia o desaparición del movimiento.

Procesos enmarcadores

En el caso del tercero de nuestros conceptos aún no existe investigación comparada. Posiblemente se deba a que se trata de un término de reciente acuñación en nuestra área y respecto del cual el desarrollo

teórico es escaso. No obstante, estamos convencidos de que la investigación comparada sería igual de fructífera que en los demás casos.

En el ensayo introductorio a la sección dedicada a procesos enmarcadores, intentamos refinar nuestra comprensión del concepto diferenciando hasta cinco tópicos distintos. Estos son 1) el bagaje cultural (Swidler, 1986) a disposición de los contestatarios; 2) las estrategias enmarcadoras por las que optan los grupos; 3) la lucha que se genera entre un grupo que desea estructurarse y otros agentes de la acción colectiva —en especial el estado y contramovimientos que pudieran haber surgido—; 4) la estructura y el papel desempeñado por los medios de comunicación en esta batalla; y 5) el impacto cultural que el movimiento puede tener al modificar elementos culturales que constituyeron su razón primera de ser.

Esta enumeración resulta de utilidad para intentar mejorar nuestra comprensión del concepto de marco, pero resulta asimismo interesante por las posibilidades que brinda para llevar a cabo estudios comparados. Partiendo de cualquiera de los cinco tópicos es fácil imaginar posibles investigaciones de corte comparado. Por ejemplo, en el caso del primer de ellos se podría crear un *mapa de ideas y actitudes similar al realiado por McCarthy (1987)* en su estudio comparado sobre el grado de *afiliación institucional*. Es decir, en vez de comparar los déficit y logros infraestructurales de los diversos países, podrían buscarse las ideas que tuvieran especial resonancia en contextos nacionales determinados.

El segundo de nuestros tópicos ofrece un campo de investigación menos amplio al referirse, exclusivamente, a las similitudes y diferencias existentes en las *estrategias enmarcadoras* utilizadas por los grupos en los diversos países. También se podría incluir entre los temas de estudio los esfuerzos por crear marcos llevados a cabo por el estado y los posibles *contramovimientos*. De este modo el investigador llevaría sus estudios empíricos hasta el tercero de nuestros tópicos. De hecho, existe un proyecto de investigación, realizado en colaboración entre especialistas norteamericanos y alemanes, que pretende entender la dinámica de los movimientos proabortistas y antiabortistas. En un estudio preliminar (véase Gamson y otros, 1993) los miembros del proyecto intentan esbozar las estructuraciones de defensores y detractores del aborto, en cada uno de los países.

El cuarto de nuestros tópicos, *el papel desempeñado por los medios de comunicación como agentes encargados de elaborar la percepción pública del movimiento*, podría dar lugar a interesantes estudios comparados. A efectos de comprender mejor el papel de los medios, se podrían analizar las variaciones transnacionales de sus características. Por ejemplo, su grado de independencia respecto del Estado, los procedimientos que utilizan, su orientación editorial, etc. Posteriormente,

habría que intentar ligar estas diferencias a variaciones registradas respecto de los resultados obtenidos por los movimientos. Así, por ejemplo, el fracaso de la campaña presidencial de Perot en 1992 y el éxito de la de Berlusconi en las elecciones italianas de 1994 parece deberse, en gran medida, al diferente grado de habilidad de los medios de comunicación a la hora de exponer las debilidades políticas cruciales de ambos candidatos. La diferencia en los resultados se explicaría, a su vez, debido a las divergencias en ciertos ámbitos clave, en especial el grado de independencia y la orientación editorial.

El quinto de nuestros tópicos también podría ser objeto de un estudio comparado sistemático. Se podría intentar descubrir hasta que punto *los movimientos han sido capaces, en los distintos países, de reformular algún tipo de discurso público*. Por ejemplo, se podría intentar estudiar la «feminización del discurso público» para rastrear el impacto que los movimientos feministas han tenido, en este aspecto, en todas las democracias occidentales industrializadas. O el debate podría adoptar un sesgo más histórico. Por ejemplo podría intentarse descubrir si la *excepcionalidad norteamericana* pudiera haberse debido a la ausencia de una conciencia de clase, que, a su vez, hubiera sido consecuencia lógica de la inexistencia de movimientos obreros significativos. Es decir, analizando los cambios que se han dado en el seno del discurso público en Occidente se podría determinar si Norteamérica siempre ha sido un caso *excepcional* en lo que al sindicalismo respecta, o si los movimientos obreros de otros países fueron, simplemente, más capaces de introducir el problema de los trabajadores en el discurso público.

Conclusión

En este ensayo introductorio, que refleja lo ambicioso del presente libro, hemos intentado lograr cuatro objetivos. En primer lugar, hemos querido esbozar una perspectiva analítica amplia, tal y como entendemos que ha surgido, de forma espontánea, entre los especialistas en movimientos sociales en los últimos diez años, aproximadamente. Desde esta perspectiva se pretende resaltar lo determinantes que resultan, para el estudio de los movimientos sociales, aspectos como las oportunidades políticas, las estructuras de movilización o los procesos enmarcadores y las relaciones existentes entre estos elementos. En segundo lugar intentamos identificar las principales corrientes de pensamiento con cuya ayuda pudiéramos comprender mejor cada uno de los conceptos. También hemos querido proponer una investigación más dinámica, planteando a los especialistas el reto de identificar las *relaciones* existentes entre nuestros tres factores. Entendemos que esto es espe-

cialmente importante en el caso del estudio de 1) su surgimiento y 2) su desarrollo posterior y el posible abandono de la acción colectiva. Por último, hemos mencionado, brevemente, la naturaleza esencialmente comparada del problema y propuesto estudios empíricos que ayudarían a desarrollar esta última perspectiva.

Resulta obvio que el aspecto comparado nos parece realmente importante. Gran parte de la riqueza de datos y resultados que aporta el presente volumen se debe a la participación y perspectiva de especialistas de distintos países. Con este libro no sólo queremos sintetizar los resultados obtenidos por medio de un discurso de corte transnacional, sino también recomendarlo y contribuir a su desarrollo. Porque sólo traspasando los límites que el estudio empírico sobre movimientos sociales de base nacional impone, podemos tener la esperanza de lograr una mejor comprensión de la acción colectiva.

II. OPORTUNIDADES POLÍTICAS